

Revista de libros

ALEJANDRO KORN: *El pensamiento argentino*. Ed. Nova, Buenos Aires, 1961; volumen rústica, 260 páginas.

EN este volumen se reúnen, con el acertado título de EL PENSAMIENTO ARGENTINO, diversos trabajos de don Alejandro Korn referentes al desarrollo de las ideas en nuestro país. El más extenso e importante es *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, compuesto por cuatro capítulos, otrora publicados separadamente: el primero, o *La escolástica*, en la "Revista de la Universidad de Buenos Aires" (1912), el segundo y el tercero, denominados, respectivamente, *La filosofía moderna* y *El romanticismo*, en los "Anales de la Facultad de Derecho" (1913 y 1914) y el último, titulado *El positivismo*, en un tomo —integrando por primera vez los antes mencionados— editado por "Claridad" en 1936, inmediatamente después de la muerte del filósofo. En esta nueva versión se le acopla un quinto capítulo —datado asimismo en 1936—, en el que el maestro analiza breve y fragmentariamente a dos figuras contrapuestas —con algunas analogías y muchas diferencias—, la del chileno Francisco Bilbao, masón actuante en la Logia Madre Unión del Plata, y la de José Ma-

nuel Estrada, pensador y escritor católico.

Completan el libro otros dos estudios: *Filosofía argentina* —dado a conocer en 1927 en la revista "Nosotros"—, en el que señala las corrientes de opinión más destacadas que en el primer cuarto del presente siglo influyen el proceso ideológico argentino: Ortega y Gasset, Eugenio D'Ors, Keyserling, Bergson, Croce, Husserl, Scheler, Freud, etc.; y escritores que "rozan de continuo temas filosóficos", como Maeterlink, Unamuno, Romain Rolland, Bernard Shaw y Valéry, entre tantos otros; y *Nuevas Bases*, fechado en 1925, en el que el autor juzga la doctrina alberdiana y postula su superación: "¿Acaso aun subsisten los mismos caracteres que contempló Alberdi?", se pregunta el doctor Korn; y después formula una interrogación más incisiva: "¿Pero pueden mantenerse las bases ideológicas de las BASES, y no digamos frente al cataclismo de la cultura occidental, sino ante el propio proceso histórico que inspiraron?" Luego añade: "Justicia social y cultura nacional: no es

REVISTA DE LIBROS

cuestión de incorporar dos frases más al verbalismo corriente. Ya hace rato que las escuchamos con excesiva frecuencia; ya son lugares comunes. Nos falta la actitud espiritual que las convierta en energías siquiera incipientes; semejante empeño no puede conciliarse con la vieja ideología. Para alojarlas como ideas directoras en la conciencia nacional es menester renovar los conceptos básicos, es decir las BASES de Alberdi.”

Resulta así el volumen que reseñamos —precedido por un ceñido y clarificador “Estudio preliminar” que firma Gregorio Weinberg— una obra coherente, vertebrada, como queda dicho al comienzo, alrededor de las investigaciones que Alejandro Korn efectúa —el primero— acerca de la génesis de aquellas ideas que son clave en la evolución argentina. Con posterioridad a *Influencias filosóficas* aparecerán los dos copiosos tomos (1918-1920) de *La evolución de las ideas argentinas*, por José Ingenieros. Pero el trabajo de D. Alejandro viene a resultar de mayor enjundia —a despecho de la brevedad, que aquí es grande mérito— por la estrictez del método, lo riguroso de la síntesis realizada, la lucidez interpretativa y las excelentes fuentes de información. Documento, en suma, no sólo de índole filosófica sino, al par, histórico de alto vuelo, puesto que cala, para interpretarla, en la raíz espiritual de la historia y analiza su proceso más profundo.

En *Influencias filosóficas en la evolución nacional* (sin el agregado del quinto capítulo con que aquí aparece y que, sea dicho de paso, interfiere, sin ventaja

alguna, en la organicidad del notable ensayo, cuando bien podía haberse dado desvinculado de él) * adopta el autor un criterio, al decir de Weinberg, de “periodización histórica” —del que se podría disentir— “que en sus rasgos generales permite una clara delimitación de momentos significativos de perfiles propios”. Y agrega el prologuista: “Por lo demás, sus precisas caracterizaciones de las diversas etapas (escolástica, filosofía moderna, romanticismo, positivismo) tienen su específico dinamismo; de ahí surgen con nitidez tanto las notas que las tipifican como también sus contradicciones esenciales”.

De los cuatro mencionados capítulos, en los que se recorren otras tantas etapas del pensamiento occidental y su proyección en nuestro medio, el que sin duda resulta de mayor interés es el que se refiere al positivismo, por cuya causa hemos de darle un poco de mayor extensión en esta reseña. Pero veamos escuetamente los otros. En el primero —*La escolástica*— expone el Dr. Korn el pensamiento imperante en la España oficial del siglo XVI, cuyo estudio es indispensable para un más ahondado conocimiento de aquella realidad ideológica y su reflejo en las colonias, el Río de la Plata por lo que nos toca. “España tomó parte menos activa en la expansión del Renacimiento y menor aún en la reforma religiosa que fue su corolario. “En cambio, la reacción regresiva llamada Contrarreforma —aun en su aspecto limitado de actuar como dique de contención ante los avances del protestantismo en el campo religioso— encontró en España firme aliado. El espíritu escolástico

* Este fragmento se publicó por primera vez, como un trabajo independiente, en las *Obras* de A. Korn editadas por la Universidad Nacional de La Plata años después de la muerte del filósofo. Inclusive se dejaron en blanco las partes del texto —ahora suprimidas— que no fue posible descifrar en el original manuscrito.

Cfr.: ALEJANDRO KORN: *Obras*. Ed. Universidad Nacional de La Plata; año 1940; volumen tercero, págs. 295 a 307.

informa así la abundantísima legislación de Indias, promulgada bajo el gobierno de Carlos II, "cuyo primer cuidado era mantener la sociedad colonial sometida al dogmatismo católico". Examina Korn en qué forma las ideas de la metrópoli se trasvasaron a las colonias y en modo especial la acción de la Compañía de Jesús en estas tierras, hasta que por real decreto del 27 de febrero de 1767 fuera expulsada de los dominios españoles.

En la segunda parte (*La filosofía moderna*) el autor aboceta el panorama de las nuevas ideas que aparecieron en el siglo XVII y llegaron a su apogeo en el XVIII con el nombre de filosofía moderna. Se inicia ésta, puede decirse, con dos obras sobre el método —el *Discurso sobre el método*, de Descartes, y *Novum Organum*, de Bacon—, que resolviendo el problema de maneras opuestas dan lugar a dos corrientes filosóficas. Interesa destacar la influencia de Locke en el siglo XVIII, como inspirador —subraya Fouillée— de Condillac, Montesquieu y Rousseau. Señala Korn en seguida la aparición de la Enciclopedia, programa de investigación científica y positiva nacido de las ideas de Bacon; y recalca la influencia de las nuevas ideas europeas, principalmente las del autor del *Contrato social*, sobre los hombres de la revolución —Belgrano, Moreno, Vieytes, etc.—, sin despreciar las derivadas del pensamiento filosófico español, que, sin tener visos de originalidad, exhibe figuras de tanto interés como Jovellanos y el padre Feijóo.

En *El romanticismo* analiza el Dr. Korn las últimas manifestaciones, ya débiles, de la influencia del siglo XVIII —especialmente a través de Condillac— sobre Rivadavia, fundador de la Universidad de Buenos Aires en 1821, y de la cátedra de filosofía en dicha casa de estudios, a cargo, sucesivamente, de Crisóstomo Lafinur, del presbítero español

Fernández de Agüero y del doctor Diego Alcorta. (Víctima propiciatoria de la tiranía rosista sería, precisamente, la Universidad). Hasta que Echeverría regresa al país como adalid de la nueva doctrina: el romanticismo. No valora D. Alejandro justiciéramente, al parecer, al poeta de *La Cautiva* en la brevísima apuntación que de él hace. Alberto Palcos, a propósito del tema, en reciente libro (*HISTORIA DE ECHEVERRÍA*, 1960) contempla al autor del *Dogma Socialista* en un enfoque integral, "a objeto de ver mejor el nexo entre el romanticismo social y el literario en el iniciador de ambos en los países de lengua española".

"El gran movimiento romántico aún no había llegado a su apogeo, cuando ya surgen insidiosas las corrientes destinadas a reemplazarle, pues toda orientación ideológica incuba en el propio regazo la posición opuesta y determina así el ritmo de la evolución humana." Así dice el Dr. Korn en el inicio del cuarto y último capítulo: *El positivismo*.

Las doctrinas positivistas se imponen tan sólo en la segunda mitad del siglo XIX. Con profundas divergencias entre sí, Comte, Spencer y Marx son los más conspicuos representantes de las nuevas escuelas sociológicas. "La gran obra de Comte se publica en 1837 y la de Spencer alrededor de 1860, pero entre nosotros estos pensadores no ejercen influencia alguna en la enseñanza secundaria hasta después del 80; a la cátedra universitaria llegaron más tarde." Después de Caseros "retornaron a la patria los proscritos con un nuevo concepto de las funciones del gobierno [...] Es el Positivismo en acción. Se liga a esta influencia el desarrollo económico del país, el predominio de los intereses materiales, la difusión de la instrucción pública, la incorporación de masas heterogéneas, la afirmación de la libertad individualista. [...] Así se creó una civilización cos-

REVISTA DE LIBROS

mopolita, de cuño propio, y ningún pueblo de habla española se despojó como el nuestro, en forma tan intensa, de su carácter ingénito, so pretexto de europeizarse.”

La orientación positiva impuesta a la vida de nuestro pueblo después de Caseros “fue una imposición de sentimientos e ideales exóticos por una minoría dominante”. Todos los valores fueron subordinados al valor económico. “Lo que hubo de ser una aspiración nacional —el desarrollo de la riqueza— se convierte en una empresa privada”. El juez, como se echa de ver, es severo y el juicio implacable. Pero este recae, casi exclusivamente, en la que el autor llama la segunda generación positivista y que hoy conocemos por “generación del 80”, es decir de los hombres nacidos poco antes o poco después de Caseros. “Es un grupo de hombres cultos y talentosos —señala—, universitarios los más, de palabra fácil y pluma ágil, que, libres ya de toda sugestión romántica, nada propio agregan a las ideas recibidas.” Y les reprocha que hayan convertido la orientación positivista en un credo burdamente pragmático y, todavía, el medro personal en que no pocos cayeron.

Se complace en remarcar la diferencia: “Los iniciadores, los hombres de la primera generación, al afirmar la necesidad de crear riquezas, jamás pensaron en un medro personal.” Encabezan esa generación tres hombres de pensamiento: Alberdi, Sarmiento y Mitre, que son, en este período, “los númenes más altos de la vida argentina, y con legítimo orgullo nuestro pueblo personifica en ellos el genio nacional.” En torno a esas grandes figuras se congregan otras menores: Florencio Varela, Vélez Sársfield, Vicente Fidel López, de todas las cuales traza Alejandro Korn certeros medallones.

Con simpatía ve en cambio a la tercera generación dentro del movimiento

positivista, “que vuelve a experimentar la necesidad de los principios generales, de la sistematización abstracta a objeto de referir los conceptos corrientes a sus bases filosóficas. Posee un interés intelectual muy superior a sus predecesores, una actitud mucho más austera, y abriga la esperanza de hallar en una doctrina orgánica la disciplina que falta a la vida nacional.” Indica que, con pocas excepciones, se mantuvieron alejados de la política. “Ocuparon, en cambio, un sitio muy distinguido en el magisterio secundario y universitario, en la magistratura, y fueron los publicistas de la época.” Entre ellos deben distinguirse dos grupos bien distintos: los universitarios y los normalistas. El grupo más caracterizado de los primeros lo constituyen los doctores Juan Nicolás Matienzo, Juan Agustín García, Rodolfo Rivarola, Luis M. Drago, Norberto Piñero, Ernesto Quesada, Francisco Barroetaveña, Emilio Mitre, Ladislao Holmberg, José María Ramos Mejía y Joaquín V. González, entre otros. El de los normalistas incluye a Víctor Mercante, Leopoldo Herrera, Alejandro Carbó, Rodolfo Senet y Alfredo Ferreyra, egresados de la Escuela Normal de Paraná. Y el “filósofo de la libertad creadora” termina el, a nuestro juicio, más valioso capítulo de *Influencias filosóficas* con singulares reflexiones acerca del predominio del positivismo en ese complejo período de nuestro desarrollo cultural.

Don Alejandro Korn nació en San Vicente, provincia de Buenos Aires, el 3 de mayo de 1860 y falleció en La Plata el 9 de octubre de 1936. Con motivo de la celebración del centenario de su nacimiento se publicaron muchos artículos de exégesis y de revisión de su pensamiento; en esta revista se recogieron algunos de ellos y la Facultad de Humanidades de La Plata tiene en prensa, asimismo, un nutrido volumen sobre el particu-

lar. Pero sin duda, el mejor homenaje al "primer gran filósofo idealista de América", como se le ha llamado con razón, es el que le rendirían las jóvenes generaciones mediante la lectura directa de sus obras, donde los conceptos del autor, que encuentran cauce en una prosa siempre precisa y límpida, son manantial de múl-

tiples sugerencias y de renovados planteos a la luz de investigaciones más actuales. Porque don Alejandro Korn — maestro por antonomasia— fue en vida, antes que nada, un suscitador de ideas, y sigue siéndolo hoy, a veinticinco años de su desaparición.

Noel H. Sbarra

DAVID BOHM: *Causalidad y azar en la física moderna*. Traducción de Daisy Learn. Prólogo de Louis de Broglie. Edición de la Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1959; vol. rústica, 254 págs.

LA misma cuestión epistemológica que la examinada por Février, es la preocupación fundamental de esta obra que con tanto acierto incorporan a la colección de "Problemas Científicos y Filosóficos", de la Universidad Nacional Autónoma de México, sus directores Guillermo Haro, Samuel Ramos y Eli de Gortari. Uno y otro se complementan por dos razones: la unidad de su tema y la diversidad de sus enfoques.

El célebre Louis de Broglie avala con su prólogo la obra de David Bohm, joven investigador norteamericano de destacada actuación en Estados Unidos, Brasil, Israel e Inglaterra. Y con justo motivo: Bohm es el autor de los trabajos que alentaron a L. de Broglie a retomar, con la colaboración de Jean Pierre Vigier y frente a Bohr, Schrödinger y Heisenberg, su interpretación causalista de la mecánica ondulatoria dada a conocer en 1927, según lo expuso en su importante conferencia "¿Permanecerá indeterminista la física cuántica?" dictada en 1952 en el Centro Internacional de Síntesis y recogida por la "Revue d'Histoire des Sciences".

La obra de Bohm representa, pues, uno de los esfuerzos más significativos

de crítica a la interpretación "copenhagueana" de la microfísica; destaca, al respecto, que la idea de la indeterminación surge cada vez que se inicia una nueva etapa en el desenvolvimiento científico por no tenerse todavía acceso a lo profundo de la realidad que se estudia; y, consecuentemente, los indeterministas cuánticos no pueden pretender sus conceptos como definitivos. Por lo menos, así nos lo asegura su prologuista.

El libro de Bohm se inicia con un examen de la causalidad y el azar en la ley natural, dualidad que es el enfoque categorial *a posteriori* —según vimos en Février— del mismo problema del determinismo e indeterminismo, su enfoque categorial *a priori*. Recuerda que si bien en la naturaleza nada permanece constante —idea que nos viene desde Heráclito, como es sabido— existen sin embargo relaciones constantes en la sucesión de los hechos que reciben el nombre de leyes causales. Un hecho proviene de otro pretérito y contribuye a originar otro futuro. Existe, pues, una ley natural al margen de las contingencias que son factores independientes a los previstos.

REVISTA DE LIBROS

Luego relaciona la causalidad y el azar a la física clásica y a la filosofía del mecanicismo que se desarrollan entre los siglos XVI y XIX y en las que se destacan los aportes e influencias de Galileo y Newton. Domina en este período la idea de la validez universal para las leyes descubiertas. Merece destacarse en este capítulo las referencias del autor a las variaciones cuanti-cualitativas, es decir, los cambios de cantidad que conducen a modificaciones de la calidad, tan cara al materialismo dialéctico: así, las propiedades de la materia se transforman completamente mediante las variaciones de la energía cinética media del movimiento molecular al llegar a la temperatura crítica.

Entrando ya al núcleo de la cuestión, recuerda las dos teorías fundamentales de la física moderna: la de la relatividad de Einstein y la de los cuantos de Planck. Pero mientras aquélla no alteraba mayormente la concepción causalista, ésta otra, en cambio, provocaba su crisis. Consecuentemente, para al examen de la teoría cuántica según la difundida versión "copenhagueana", cuyos resultados a la fecha serían los siguientes: a) la energía tendría cierta atomicidad; b) las manifestaciones materiales y energéticas tendrían dos posibles aspectos: el corpuscular y el ondulatorio; c) las leyes de la microfísica parecen tener una forma estadística. Trae a colación el principio de la incertidumbre de Heisenberg, según el cual no es posible hallar leyes causales precisas para el comportamiento de sistemas individuales en el dominio atómico; imposibilidad, según von Neumann, no sólo de medición sino por inexistencia de tales leyes en el átomo, aun más, es abandonada la noción de existencia objetiva del átomo, no tiene propiedad fuera de la observación y sólo interesan sus relaciones entre los fenómenos en gran escala, según Bohr. En

fin, abandono de la realidad, continuidad y causalidad, según la comentada escuela.

Pero Bohm se encarga de presentarnos a continuación otras interpretaciones, más nuevas, de la realidad microfísica. Recuerda, con tal fin, los esfuerzos iniciales de L. de Broglie, y E. Madelung; luego, las críticas de Blojnzev y Terletski al exclusivismo de Bohr y Heisenberg; y, finalmente, los nuevos intentos de L. de Broglie, J. P. Vigiér y los suyos propios en procura de una explicación causal de la mecánica cuántica, a los cuales cabe agregar las de Takabayasi, Fenyés, Weizel, etc. La sola existencia de estas teorías demuestra desde ya, por cierto, que la primitiva teoría indeterminista no es necesariamente la única, como lo venía pretendiendo; y, además, estas concepciones más recientes son los puntos de partida para una comprensión mejor de la realidad microfísica hasta llegar a una teoría superior.

Preferentemente desarrolla su criterio, el autor, para superar la indeterminación: ¿Cómo ir —pregunta— más allá de los límites heisenberguianos? Y contesta: ya que las fluctuaciones que aparecen como al azar no provienen del nivel cuántico sino de un nuevo nivel subcuántico, deberemos usar nuevos tipos de procesos físicos que se hallen supeditados a dicho nivel. Viene enseguida la curiosidad por saber si podemos disponer de semejantes procesos y Bohm sugiere que pueden ser hallados en el campo de las energías muy elevadas y de alta frecuencia. De esta manera —valga el ejemplo— se trataría de lograr algo así como la posibilidad que ofrece una cámara muy rápida que logra fotografiar un cuerpo en movimiento antes de que su desplazamiento llegue a afectar la placa.

Por último, afirma la necesidad de una concepción más general de la ley

natural. Para ello deberíamos entender a la naturaleza en función de todos sus aspectos. Advierte, con justeza, que los modos de existencia constantes o específicos son abstracciones que fallan tanto para lapsos muy prolongados como muy breves; y —nos permitimos agregar nosotros— también para extensiones muy amplias o muy pequeñas. Lo difícil es

hallar, en uno u otro eje de la realidad, los límites adecuados.

Bohm concluye afirmando que “el carácter esencial de la investigación científica radica en el hecho de que avanza hacia lo absoluto mediante el estudio de lo relativo, en su inagotable multiplicidad y diversidad”.

Nicolás Marinkev

CLAUDE A. VILLEE: *Biología*. Traducción del doctor Jorge E. Wright. Revisión técnica a cargo de la doctora M. Blei y del traductor Ed. EUDEBA, Buenos Aires, 1961; vol. rústica, 719 págs.

Invaden continuamente el campo de las ciencias biológicas nuevos descubrimientos, surgen nuevas ideas, se concretan teorías creadoras y en algunos aspectos las contribuciones trascendentales ingresan tan rápidamente que llevan al conocimiento hacia un espectacular desarrollo. Es innegable que uno se encuentra considerablemente fascinado en el estudio de una ciencia que progresa con tanta rapidez. Pero ocasiona ciertas dificultades para su enseñanza media. Este acelerado ritmo de progreso, adquirido en parte por el desarrollo de nuevos métodos físicos y bioquímicos, y bien notorios en las ramas de la citología y de la genética, fue una de las razones por las cuales se presentó la necesidad imperiosa de estructurar la Biología como enseñanza organizada y exclusiva.

En esta tarea uno de los principales obstáculos ha sido la falta de un libro de texto en lengua española que cubriera las necesidades de los alumnos en su formación biológica, y permitiera también al profesor indicar y adoptar el texto adecuado que significara el instrumento auxiliar de su enseñanza viva.

Es obvio pensar que, adquiriendo los temas biológicos, por las circunstancias anotadas, cada vez más amplitud y profundidad, se planteaba la doble dificultad, por una parte la de evitar la reducción en demasía de los temas a través de trazos esquemáticos que corren el riesgo de dar una imagen desfigurada y superficial de la realidad, por otra parte penetrar excesivamente en los detalles susceptibles de tornar inaccesibles, a los jóvenes lectores, una obra compleja y de aumentar sus proporciones desmesuradamente.

Superando en gran parte estas dificultades, el MANUAL DE BIOLOGÍA del profesor Claude A. Villee, de la Universidad de Harvard, contiene en todas sus páginas la pauta que vivifica la enseñanza científica de la biología considerada en conjunto, coordina la instrucción que recibe el alumno en los diversos años sobre las distintas ramas de las Ciencias Naturales, y especifica con relevancia los nuevos conceptos modernos y fundamentales de la Biología.

Es indudable que el autor ha tenido el loable propósito de inculcar, con acertado juicio pedagógico, el punto de vista

REVISTA DE LIBROS

científico, el valor de los métodos científicos que confieren una preparación más completa y sólida, y no tan solo el conocimiento de una colección de hechos inconexos. La gran mayoría de los capítulos de la obra de Villee se desarrollan teniendo presente este fundamental y amplio criterio. Las nociones áridas de simples descripciones y de sistemática son sustituidas por los conocimientos biológicos de orden general.

Los datos morfológicos relativos a los grandes grupos botánicos y zoológicos, inclusive los del hombre, están reducidos a lo esencial, con la preocupación de hacer comprender el plan de organización del animal o de la planta sin entrar a considerar su estructura en detalle. En todo momento se pone de manifiesto que la observación, base de las Ciencias Naturales, no es un fin en sí, sino un medio de acceso a las hipótesis generadoras de las investigaciones. Insistentemente se recalca la importancia de los métodos experimentales que marcaron nuevos rumbos y contribuyeron eficazmente al progreso de las ciencias biológicas. Siempre se recurre a las facultades críticas y al espíritu de discusión de los lectores.

“En nuestra discusión de los principios biológicos, enfocaremos nuestra atención principalmente en el hombre, para poder así llegar a una apreciación del lugar que éste ocupa en el mundo biológico”. Este planteamiento es otra bondad de la obra que comentamos. Costumbre inveterada la de excluir al hombre en los textos de biología. El estudiante llega a tener el firme convencimiento de una

biología humana exclusiva, propia, completamente desconectada de las funciones vitales de los demás seres. Los profesores de la materia están acostumbrados a la pregunta (que a la vez es exclamación) llena de asombro y azoramiento: ¿En el hombre también? Es necesario, pues, insistir que el hombre, a pesar de ser el animal más avanzado de la naturaleza, forma parte de ésta, está emparentado con todo lo viviente y sigue estando sujeto a toda evolución orgánica. Lo creemos correcto para explicar racionalmente la posición del hombre en el esquema total de la naturaleza, sin despreciar, por supuesto, las bondades que en algunos aspectos pueda presentar el punto de vista antropocéntrico.

Lamentablemente en nuestro país existen aún establecimientos de enseñanza media donde no se enseña biología como materia; es así que la vital importancia de los problemas que ella se propone resolver son ignorados o solamente adquieren, algunas veces, un desarrollo limitadísimo y arcaico.

Es de esperar que la difusión de obras como la que nos preocupa, contribuya a crear, en el cuerpo docente argentino y en las autoridades encargadas de organizar la instrucción pública, la conciencia de la fundamental importancia que para la formación integral del alumno, tiene la ciencia biológica.

La excelente versión española de la obra de Villee viene, en buen momento, a llenar una imperiosa necesidad.

Oreste Giacobbe

ALONSO ZAMORA VICENTE: *Lope de Vega. Vida y obra*. Madrid. Editorial Gredos, 1961, vol. rústica, 296 págs.

En el mes de noviembre del año próximo se cumple el cuarto centenario del nacimiento de Lope de Vega. Los home-

najes se organizan pródigamente; los trabajos y estudios acerca de la personalidad y producción del Fénix de los Ingenios

se anuncian abundantes, ahondados. Lope resulta materia propicia para ello. En la literatura española no son muchos los autores cuya obra puede ofrecer tan ceñida conjunción de vida y arte como la suya; tan rico venero para la investigación o... la glosa. Si en innúmeras de sus producciones —aun las de carácter no lírico— impresiona la transparencia de lo autobiográfico, en algunas se lo presiente, en otras está sugerido y en muchas se lo conjetura. En tal sentido, la obra lopesca es permanente invitación a la exégesis. Ello explica la frondosa bibliografía crecida en torno de vida y obra del “monstruo de la naturaleza”, tan abundante y contradictoria como la personalidad del artista, como su don creador.

De allí que la aparición de cada nuevo trabajo histórico-crítico sobre el autor de *Fuenteovejuna*, al par que concita general interés en los medios intelectuales, provoca ciertos inevitables celos previos a su lectura, por cuanto se teme que el exégeta se haya dejado arrastrar por el torrente de lo anecdótico o de la fácil relación de intimidades apenas veladas en los textos. De allí, también, que algunas tesis modernas sobre Lope —por ejemplo la de Diego Marin, de la Universidad de Toronto, titulada *La intriga secundaria en el teatro de Lope de Vega*— hayan apelado a la impersonalidad del método estadístico, prefiriendo la fría objetividad de la cifra a la vibración de la tumultuosa vitalidad de Lope.

Todo ello advierte que un estudio biobibliográfico sobre el autor de *La Doctorea* como el que anticipa ahora Alonso Zamora Vicente con *Lope de Vega. Vida y obra* era ardua y comprometida empresa de la que el perspicaz catedrático de Salamanca ha salido airoso, logrando ca-

bal y equilibrada presentación de la polifacética personalidad lopesca, donde lo profundo y lo ameno, corren parejas con la sagacidad crítica y la erudición.

Zamora Vicente sondea hasta el menor recoveco de la existencia de Lope que pueda haberse reflejado en la obra, capta lo vivencial, rastrea fuentes, precisa la herencia transmitida. Ha tenido el buen tacto de no atender únicamente al documento extraliterario y para él ha sido siempre la producción del prolífico autor de *El peregrino en su patria* el mejor acceso a la intimidad del hombre, el mejor testimonio de una época y una sociedad.

El aspecto concerniente a la obra es puntual en lo informativo y Zamora Vicente la ha ahondado en totalidad: prosa y verso, lírica y narrativa, teatro y polémica, documentos teóricos o epístolas. Y a través de ella ha erigido un Lope viviente, humano, apasionado; un artista múltiple, espontáneo, pródigo de su don; un dramaturgo innovador, un cabal español de los días imperiales, un enamorado impetuoso, un religioso de fe inquebrantable, pese a las caídas de conducta.

Durante algo más de un lustro, Alonso Zamora Vicente ejerció como catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y dirigió el Instituto de Filología Hispánica de dicha casa de estudios. En la soltura de su estilo literario, en ciertos quiebros sintácticos y giros expresivos se advierte hasta qué punto aquellos contactos porteños perduran en él. Entre los tantos méritos ya apuntados de *Lope de Vega. Vida y obra* tal vez haya que sumar también éste que hará al público argentino particularmente grata la lectura.

Raúl H. Castagnino

REVISTA DE LIBROS

HANS REICHENBACH: *El sentido del tiempo*. Traducción de Ana S. de Liberman. Prefacio de María Reichenbach. Edición de la Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1960, 390 páginas.

El profesor alemán Hans Reichenbach, como bien se sabe, es uno de los representantes más descolantes de la nueva corriente filosófica que se configura fundamentalmente como epistemológica. Con sobrados motivos considera que los aportes extraordinarios de la ciencia en nuestro tiempo obliga posteriormente a su cuidadoso examen por parte de la filosofía. En tal sentido, es bien conocida su obra "la filosofía científica" relativamente accesible a la mayoría de los que tienen inquietud por los problemas del pensamiento en la actualidad.

Esta obra —que la Universidad Nacional Autónoma de México nos presenta en su colección de "Problemas Científicos y Filosóficos"— se trata de la póstuma del autor, cuya muerte ocurriera en Estados Unidos, en 1953, a los 62 años de edad. Su tema es nada menos que sobre el tiempo, que con el espacio constituyen esa tenaza acerca de la cual se preguntaba Korn si llegaba a encerrar a la misma realidad.

Como Introducción, inicia Reichenbach su trabajo hablándonos del significado emotivo del tiempo; y —hay que destacarlo— logra presentarnos cabalmente en ella la dramaticidad del fluir temporal que tanto ha desconcertado a los filósofos de todas las épocas. Cada uno, desde su "ahora", que continuamente devora al futuro y se acumula irrevocablemente en el pasado, se ha preguntado, en mayor o menor grado, acerca de esta conversión incesante, de lo posible en fatalidad.

Pero Reichenbach considera que no será en lo emotivo, en lo subjetivo, en lo intuitivo donde se logrará descubrir o pre-

cisar el verdadero sentido del tiempo. Por el contrario, considera que sólo el análisis lógico, con el auxilio matemático, del mundo físico podrá contribuir a develarnos el significado del devenir.

Y tal la tarea que se propone. La inicia con el examen del orden temporal en la mecánica: las propiedades cualitativas, junto a las cuantitativas, del tiempo y, además, la causalidad son los aspectos de este estudio. El problema siguiente es el sentido del tiempo tanto en la termodinámica y la microfísica como en la macroestadística: determinismo e indeterminismo; causa y efecto; estadística y probabilidad; niveles de energía, entropía, reversibilidad, etc. Concluye con la investigación del tiempo en la física cuántica: empezando por la reversibilidad estadística de sus fenómenos hasta terminar con las partículas de sentido temporal inverso.

Lamentablemente —según nos informa María Reichenbach— la obra quedó inconclusa puesto que le falta un último capítulo que iba a tratar de las propiedades objetivas del tiempo en relación a la experiencia humana. Por eso se incluye un Apéndice que trata al respecto, extraído de su trabajo "Los fundamentos lógicos de la mecánica de los cuantos". Se afirma, en el mismo, que el fluir subjetivo está determinado por el aumento de información a través del órgano registrador de la memoria; el sentido del tiempo psicológico es idéntico al sentido del tiempo físico porque el hombre es, después de todo, parte de la naturaleza.

En fin, es un libro cuya lectura es recomendable para filósofos y científicos; tal vez —término medio— de lectura difí-

cil para unos y para otros; y que plantea, una vez más, la necesidad de una mayor preparación filosófica de los científicos y de una mejor información científica de los filósofos. En todo caso, para facilitar la comprensión de la obra, es aconsejable el conocimiento previo del capítulo —más accesible— que también sobre el tiempo se halla en el ya citado libro "La filosofía científica" del mismo autor; y complementariamente algún otro, como el destinado a las leyes de la naturaleza.

Con todo, confesamos que no alcanzamos a comprender la limitación que impone Reichenbach al estudio del tiempo. ¿Por qué buscar la respuesta a la cautivante pregunta por la esencia del tiempo en el mundo físico solamente? Para colmo, lo físico cabe entenderlo en su sen-

tido restringido actual y no en el amplio de naturaleza como en los antiguos griegos. Sin duda, es en la vida y, aun más, en la historia donde la concepción del tiempo se enriquece y complica; y, por eso, precisamente, requiere la preferente atención del investigador.

La obra lleva un prefacio de María Reichenbach —esposa del autor— dando referencias interesantes sobre la última obra de uno de los animadores más originales del neopositivismo. Merece destacarse la labor —difícil y acertada— de la traductora. Y felicitar a los directores de la colección que han sabido presentar obras fundamentales y prometen otras de igual jerarquía.

Nicolás Marinkev

MAX MÜLLER: *Crisis de la metafísica*. Versión castellana y notas del profesor Ansgar Klein. Editorial Sur, Buenos Aires, 1961, vol. rústica, 171 págs.

La primera edición alemana de esta obra apareció en 1949, en un momento que, según el autor, se hacía necesaria una revisión y explicitación de la filosofía heideggeriana, por cuanto se la interpretaba como una posición "antropológico-existencialista"; posteriores trabajos de Heidegger clarificaron su pensamiento a punto tal, que Müller consideraba, en cierto sentido, injustificable una segunda edición de su trabajo; no obstante, ésta aparece con algunas variantes¹ y complementada con otros trabajos sobre el mismo tema central: la filosofía de Martín Heidegger. La presente edición al español, a pesar de los años transcurridos desde la primera edición alemana, consti-

tuye un valioso aporte para la comprensión del peculiar y ubérrimo pensamiento del filósofo alemán contemporáneo.

El libro comprende tres partes fundamentales: a) "La filosofía de la existencia y la crisis de la metafísica", en la que se exponen los fundamentos que determinaron la aparición de las filosofías "existencialistas" y en la que se señalan, asimismo, las profundas divergencias que existen entre ellas; b) bajo el título de "Apéndices", el autor da a conocer varios trabajos que se refieren a aspectos doctrinarios de la filosofía de Heidegger; uno de los más importantes se denomina "Esencia y ser" y en él se establecen —en cotejos con las doctrinas

¹ Variantes señaladas cuidadosamente por el traductor en la edición que comentamos.

REVISTA DE LIBROS

de Platón, Aristóteles y Santo Tomás— las diferencias fundamentales entre “el pensar de la esencia y el pensar del ser” (pág. 89); c) la tercera parte corresponde a la conferencia pronunciada por Müller en Lovaina, en 1951: “Fenomenología, ontología y escolástica”.

Después de estudiar la situación de la filosofía con posterioridad a las dos grandes guerras mundiales, el autor se detiene en la consideración de la filosofía occidental como filosofía de la esencia; al estudiar el “existencialismo” establece una neta y abismal separación entre Heidegger, por una parte, y Sartre y Jaspers, por otra. En franca posición favorable para el pensamiento del primero, señala los motivos por los cuales no se debe considerar “existencialista” a esta filosofía. El rigor de análisis que Müller aplica para la filosofía heideggeriana no se continúa en el tratamiento del quehacer filosófico de Sartre y Jaspers, hecho que —por otra parte— él mismo reconoce: “No podemos esbozar aquí, ni siquiera someramente, las ideas básicas de Jaspers. . .” (pág. 83). En cuanto a la filosofía de Marcel, si bien es la única de las “existencialistas” a la que relaciona favorablemente con la de Heidegger, apenas recibe cierto tratamiento en una cita al pie; con respecto a ambas filosofías sostiene que presentan una superación del antiguo dualismo sujeto-objeto y esta superación es originaria (no a posteriori).

También en la primera parte, estudia Müller la vinculación de la filosofía de Heidegger con el problema de Dios; insiste especialmente en señalar el error de quienes sostienen el “ateísmo” heideggeriano, pues aunque esta filosofía no se explicita acerca de Dios, “no se trata de una negación de Dios” (pág. 76). Según la doctrina del filósofo alemán, en el “acogimiento del ser” no se alcanza a Dios inmediatamente, ya que el ser no

se indentifica con Dios sino que es una realidad que “necesita del “ser-ahí” en el hombre y del ente”; por tal motivo establece que el “pensar esencial” es enteramente *finito*. Nuevas argumentaciones aseveran que la filosofía “existencialista” (Sartre, Jaspers), por ser el término extremo e inverso de la metafísica esencialista, cae en los mismos errores de la posición que ataca; la filosofía de la “ec-sistencia” (Heidegger), en cambio, es el “nuevo comienzo que se manifiesta como la «superación de la metafísica» en el «retorno a su fundamento»” (pág. 82). Asimismo —y siempre en conexión con la temática central— se estudian aspectos del problema ético, tanto el *ethos* del realismo (filosofía del orden) como el del idealismo (filosofía de la infinitud), con sus insalvables lagunas para la vida espiritual.

En la conferencia publicada en la tercera parte de esta obra, da a conocer Müller su posición crítica frente a la fenomenología, posición que se encamina a refutar tres puntos husserlianos: 1) la idea de la intencionalidad; 2) la conciencia de la internacionalidad; 3) la conciencia trascendental o absoluta erigida en origen absoluto. Estos tres puntos fundamentales son analizados sucesivamente, confrontados con las tesis de Heidegger y con asiduas referencias a las filosofías de Descartes, Kant y, sobre todo, San Agustín y su teoría sobre la “iluminación” (la luz no es Dios pero proviene *inmediatamente* de Dios y el hombre no puede sustraerse a ella, incluso cuando la rechaza).

Uno de los temas principales tratados en esta tercera sección, es el de la “historicidad” del ser que, según Müller, es anterior a la intencionalidad de la conciencia. Ya había dedicado anteriores páginas a la importante doctrina de Heidegger acerca del ser y su historicidad. “El tiempo es la verdad del ser y el ser reposa

en su verdad como ésta en él. El ser mismo es el proceso hacia su desvelamiento (el tiempo) que, al acontecer en el ente, vela a su vez el ser. *La historia es la verdad del ser y, a la vez, su no-verdad*. El ser "es" su historia, puesto que es la historicidad de la historia..." (pág. 58); en la auténtica ontología especulativa que estudia el ser que se manifiesta como historia y como destino —y no en la fenomenología intencional—, se está siempre "en el comienzo", cualquiera sea el período que se estudie; el ser es el fundamento originario que "se revela a sí mismo precisamente en la conciencia" (pág. 147).

No obstante considerar el pensamiento heideggeriano como un nuevo punto de partida y de tener como finalidad en esta obra "suscitar la comprensión" con lo cual "...se evita la apología y se prescinde de la polémica" (pág. 10), Müller recibió algunas críticas importantes por este libro; dice sobre ellas que se debieron a un "máximo de espíritu de facción" (pág. 151). En el "Epílogo" nuevamente señala que su intención es lograr una

"aproximación que tiene por meta un diálogo ulterior"; este diálogo se entabla entre: a) aquellos que sostienen que no puede haber un fin de la metafísica y b) aquel pensador que afirma que "la metafísica es un modo de representar, fundado en la «historia del ser» y al considerar su totalidad... el pensamiento llega a la dimensión (no-metafísica) que hoy le ha sido asignada"; de allí surge la razón por la cual la edición francesa de esta obra —y también la que comentamos— lleva como título *Crisis de la metafísica* (y no *Filosofía de la existencia en la vida espiritual de la actualidad*, como reza el título alemán). Preguntar por la actualidad de la metafísica, dice Müller, significa entrar en diálogo con Heidegger.

En el "Epílogo" el autor expone algunas críticas a la filosofía de la "ec-sistencia", en especial acerca de la "historicidad" y "destinación" del ser. Tanto los puntos de vista críticos como la exposición de la filosofía de Heidegger revelan al autor como expositor probo y pensador riguroso.

Sara Ali Jafella

MAX SCHELLER: *El santo, el genio, el héroe*. Editorial Nova, Buenos Aires, 1961. (Traducción de Elsa Tabernig); Vol. rústica, 169 págs.

El tema compete a la filosofía de la historia o a la sociología, anota en la Introducción, pues reconoce en los *jefes* y *modelos* el carácter de dirigir "los destinos de la historia". Debido a lo caótico de nuestro tiempo, más que nunca se acentúa ahora la necesidad de guías, patentizada por la proliferación de sectas, escuelas y comunidades nuevas, que surgen en el intento de apuntalar una civilización que se derrumba. No pretende Max Scheller, describir estas sociedades, sólo "considerar teóricamente, de un modo científico y rigurosamente objetivo,

el problema de los jefes en todos los principales dominios de la vida: religión, Estado, economía, nación, por cierto a la luz "de una determinada concepción del mundo y de la vida". En el intento de precisar cómo y a quién se debe elegir por jefe, reconoce en la *autoridad carismática* la más poderosa, eficaz y profunda y en el *amor*, el lazo más íntimo que une a jefes y hombres.

En el paralelo entre modelo y jefe encontramos que aquél puede serlo sin saber que lo es, en cambio el jefe tiene que saber que es jefe, y querer serlo. El

REVISTA DE LIBROS

modelo puede no estar físicamente presente, puede pertenecer al pasado histórico en tanto que el jefe debe "aquí y ahora" ser jefe; aquella, relación ideal; ésta, real, ya que modelo puede ser algo impersonal, el *gentleman*, el *caballero*, un determinado estilo literario. El concepto jefe además no implica una referencia al valor, es una ley sociológica semejante a la jerarquía de un organismo físico que necesita de órganos directores, "jefaturas" o como lo llamaba von Wieser "ley del número reducido", ya sea este jefe para el bien o para el mal, positiva o negativamente considerado, o sea sin referencia a valor, modelo, en cambio, "implica, en su sentido inmanente, siempre un concepto de valor", como lo que debe ser. Otra diferencia y muy honda es aquella que señala que al "jefe se lo puede odiar, lo que interesa es que guíe", en tanto que al modelo se lo escoge por amor. Los jefes, por último, "exigen acciones... el modelo... un modo de ser, una forma del alma". Reconoce que es el modelo el que determina al jefe a elegir. La superioridad del modelo le viene de que abraza al hombre todo: no se dirige a su inteligencia o a su voluntad, como el jefe, sino que sobrepasa el tiempo y el espacio y se tiende por *amor* a imitarle, a seguirle. Reconoce en Cristo el prototipo del modelo y parafrasea aquella sentencia de San Pablo, por la adecuación perfecta con su doctrina: "Vivo yo, mas no yo sino que Cristo vive en mí".

Frente a las tendencias filosóficas colectivistas, levanta Max Scheller la suya, personalista. Lo que determina el ser de la Historia no es ni la Idea hegeliana, ni el orden legal de la razón de Kant, sino "la minoría de modelos y jefes imperante en cada coyuntura", más adelante completa esta visión filosófica de la historia diciendo que si el alma de la historia reside en la historia de los ideales, de los sistemas de valor, la historia de los

modelos hacen el nudo de esta alma, y ellos no son elegidos por nosotros, "ellos nos poseen y nos atraen antes de que hayamos podido elegirlos". Establece que los modelos como "valores fundamentales irreductibles" se dan en la preferencia o posposición al amor o al odio, y enumera la escala, ya conocida, de lo agradable, lo útil, lo noble, los valores espirituales o culturales y lo sagrado o los valores religiosos, mediante estos modelos, que es lo mismo que decir, mediante otros hombres, el hombre camina a su perfección. El modelo tiene una doble polaridad o ambivalencia: una cargada de futuro, de *mesianismo*, que se apodera del alma y la tiende hacia el porvenir, la otra cargada de *tradicionalismo*, la "preserva de ilusión", es más pasiva y conservadora, mira al pasado y tiende a perpetuarlo. Tres son las formas por las que se trasmite los contenidos ejemplares: la herencia, la tradición y el amor, respecto a este último anota sabiamente: "antes de aprobar o reprobar acciones aisladas y formas de expresión del ánimo... confirmamos con el amor o rechazamos con el odio a personas totales, indivisas" y más adelante "... un maestro, al que odiamos como persona, puede hacernos odiar todo un campo del saber".

No obstante hacer referencias a santos de distintas religiones, fundamentalmente centra todo su estudio en la figura de Cristo y confiesa "el cristianismo no es la religión más perfecta, es la religión absoluta". Considera que el tipo de modelo del santo es el más excelso, ya que el genio, el héroe o el conductor "dependen directa o indirectamente de los modelos religiosos vigentes", pues la religión "es más originaria que el arte, la filosofía, la ciencia, en segundo lugar, siempre precede en el tiempo a la cultura y civilización espiritual superior, y en tercer lugar, su influencia sobre los poderes espirituales es la más duradera y la

más intensa". Enumera las constantes que existen en todo "santo originario". Se encuentra, dice, en la bruma y semioscuridad de la historia, no es, además, uno entre tantos, sino *único*. Podemos admirar conjuntamente a héroes o genios, no así al santo, como lo apunta el Señor, "el que no está conmigo, está contra mí", por tanto su seguimiento es total, absoluto y no admite participación, "o no es nada o es el centro del mundo". El carácter absoluto de su persona se denota por no tener patrón con el cual se pueda medir, él es *su valor*, Max Scheller reconoce que nadie como Jesús lo ha expresado con aquello de "Yo soy el camino, la Verdad y la Vida..." ahí la esencia del cristianismo.

La presencia del *santo* es supranacional, abarca la "historia universal", en tanto que el *genio* está virtualmente presente en su obra y el *héroe* en su nación, a éste se lo honra, al genio se lo admira, al santo se lo sigue, buscando la salvación en su imitación, más aún en un "tener los mismos sentimientos", por eso traspasa el tiempo y se enseorea de la historia y como dice la nota N^o 14, "La historia universal se periodiza y se divide de acuerdo a su aparición...". Concluye la semblanza del santo con una sabia sentencia: "frente al santo se puede vivir tomándolo como modelo o como contrafigura, jamás puede hacerse abstracción de él", ya por seguirle, ya por atacarle, se tiene que tomar partido frente a él, no cabe la indiferencia.

El *genio*, el portador de valores espirituales, puede ser: el artista, el filósofo, el legislador. En parte acepta la definición kantiana, en tanto que considera genio a aquél que crea una obra original, sin valerse de reglas, no en cuanto Kant niega al filósofo tal posibilidad. Quien pretenda conocer la obra del genio deberá "posesionarse del mundo" a través del autor, o como dice Ortega "desde dentro";

la obra será clásica cuando pueda ser captada por personas con contornos espacio y tiempo distintos al del autor, porque "su origen se mantiene lo más puro posible de las influencias particulares del contorno creador", aquél que lograrse *re-descubrir* una obra genial, que es lo mismo que decir, pensar y sentir como el autor, será un *congenial*. Otra constante del genio será su inagotabilidad, que denota "la esencial profundidad infinita de su contenido".

Según los valores de los que sean portadores, encontraremos los distintos tipos de genio, todos reunidos bajo un común denominador: el *amor*. El amor es el eje de todo modelo y según sea su objeto amoroso, será: el santo, si su objeto es Dios, el genio, si es el mundo, el héroe si es la nación. Este último "consagrado a lo noble" es el portador de los valores vitales. Lo que caracteriza al héroe son sus virtudes heroicas, de las cuales el dominio de sí mismo es la base, pues mal puede dominar multitudes o un reino quien no ha sabido antes vencer su carácter. El mundo se presenta al héroe como una resistencia, para vencerla éste deberá tener gran sentido realista, decisión y arrojo, además, "es un hombre que se dispensa y no que recibe". Completa estas semblanzas "el artista del placer", aquél que prefiere en todo lo agradable, "no busca el placer, sino que quiere gozar", concluye las consideraciones del hedonista destacando sus rasgos egoísta y materialista, que hacen de él "el artista del placer".

Cierra el libro un capítulo sobre el sentido de lo trágico. Hay tragedia donde hay valores; sólo la física carece de esta dimensión; "lo trágico aparece en la esfera del movimiento de valores y si ha de aparecer debe haber acontecimientos, hechos. De ahí que el tiempo, en el cual algo se produce y nace, algo se pierde y se destruye, sea una de las condiciones

REVISTA DE LIBROS

para la presencia de lo trágico". Al relacionar lo trágico a lo triste concluye afirmando que lo trágico, por la visión de lo inevitable, carece de tristeza y desesperación, que trae aparejado el "pudo haber

ocurrido de otra manera..." lo trágico tiene la profundidad y la serenidad de lo inevitable.

Martha G. Lapalma

ERNESTO MAYZ VALLENILLA: *Ontología del Conocimiento*. Universidad Central de Venezuela. Facultad de Humanidades y Educación. Instituto de Filosofía. Caracas, 1960. Encuadernado en tela, 454 págs.

Sein und Zeit es, sin duda alguna, una de las obras filosóficas de más vigencia dentro del pensamiento actual. Esta obra heideggeriana, si bien no ha podido ser concluida de acuerdo con el plan general presentado por el filósofo alemán, es el indiscutible punto de partida en el que arraigan las posteriores investigaciones heideggerianas. *Sein und Zeit*, en efecto, sienta las bases y abre un nuevo y originalísimo enfoque cuya última mira—según expresa Heidegger en su primera página— es "el desarrollo concreto de la pregunta por el sentido del "Ser".

La investigación de Mayz Vallenilla que hoy comentamos, declara el mismo catedrático venezolano, "arranca y se sostiene por entero dentro de la órbita del pensar heideggeriano", en una vía insinuada por Heidegger pero no desarrollada expresamente: la de desentrañar cuál es el "ser" peculiar de este enigmático quehacer humano que llamamos "conocer". La tarea de esta *Ontología del Conocimiento*, empero, no se limita a una simple exposición del pensar heideggeriano, sino que se orienta hacia un profundo esfuerzo hermenéutico en el cual se pueda diseñar una auténtica *Ontología del Conocimiento*. Para ello, es menester partir del *factum* mismo del conocer, para penetrar luego en sus raíces existenciales, y ubicarlo dentro del universo de actividades existenciales del *Da-*

sein. En el párrafo 13 de *Sein und Zeit* —señala Mayz Vallenilla—, Heidegger "aporta una señalada indicación a este respecto", pero, insiste, "semejante indicio no pasa de ser una rudimentaria y muy provisional alusión del camino que había de seguirse para desentrañar la total constitución existencial del fenómeno cognoscitivo". Además de esta ímprobable tarea de desentrañar las raíces existenciales del conocer —para la cual la Analítica heideggeriana de *Sein und Zeit*, a juicio nuestro, es mucho más que un mero "indicio"—, la *Ontología del Conocimiento* debe al mismo tiempo interpretar su sentido. De esta manera, la investigación que comentamos revela su estricta filiación con la *Ontología Fundamental* de Heidegger, de tal modo que en su desarrollo concreto se constituye en verdad una *Ontología Fundamental del Conocimiento*. Para ello, se estudia e interpreta el conocimiento como un "modo fundado del ser en el mundo" y se muestra a la par su enraizamiento en la "cura" como "ser del *Dasein*. Sin embargo, la investigación no puede detenerse con la mostración e interpretación de la Temporalidad como "sentido ontológico" del *Dasein* y, por ello, de todas sus actividades existenciales. "Al contrario —aclara el autor—, todo ello —en riguroso cumplimiento del auténtico sentido de una investigación ontológica— debía

desembocar y resolverse (aún corriendo graves riesgos) en la intentada hermenéutica del "Ser" mismo de la Temporalidad". Como es obvio, y según lo dicho anteriormente y expresado por el mismo Heidegger, es decir lo "provisorio" y lo "incompleto" de los análisis del *Sein und Zeit*, los graves riesgos de que habla el autor de la *Ontología del Conocimiento*, estriban ante todo en la osadía de dar término a un pensamiento que no logró la palabra que lo expresara en su plenitud. Este hermoso riesgo, con todo, es menester intentarlo; y el propio Heidegger alienta en cierta manera al pensador cuando expresa en *Was heisst Denken?*: "sigue siendo un privilegio de los más grandes pensadores dejarse influenciar". Así pues, la *Ontología del Conocimiento*, plenamente consciente de su dificultad, ensaya "dar cumplimiento a lo que el propio autor que nos sirve de apoyo no ha realizado plenamente". Si la presente investigación acierta concretamente con esta elevada meta no es cosa que pueda responderse taxativamente en los límites de una reseña. Cabe señalar, eso sí, que el esfuerzo hermenéutico es profundo y riguroso, y que el autor, antes de arriesgar pasos que hubieran sido quizás originales pero no fieles al pensar que le sirve de fundamento, extrema los recaudos y prefiere ceñirse con exactitud a lo que del propio Heidegger "era posible extraer como testimonio anunciativo, al par que verificativo, para el intento de fundar una *Ontología del Conocimiento*".

La investigación, como dijimos, no se detiene ante la Temporalidad como si fuera la última valla del pensar, sino que arriesga una suerte de "salto" que se plantea en la complicada interpretación del "Ser" mismo de la Temporalidad. Aquí, como en toda auténtica indagación ontológica, el pensar —a los ojos de la "lógica"— comienza a girar en un "círculo". En efecto, la Temporalidad se

manifestó como el horizonte donde se verifica toda comprensión del ser, y ahora se intenta desarrollar el sentido del ser mismo de la Temporalidad... "que permanece como instancia atemática e inobjetiva justamente cuando aquella Temporalidad funciona como horizonte de la comprensión ontológica. Es más: acontece con ella que, al intentarse explícitamente la determinación de su propio 'ser' (volviendo objetivo y temático lo que hasta entonces era inobjetivo y atemático), hallándose sin embargo la 'comprensión del Ser' de que dispone el Dasein adherida a una determinada idea del Ser (justamente la que aquella misma Temporalidad posibilita), el verdadero 'Ser' de ella puede quedar oculto y desfigurado por obra de la retroferencia ontológica que así tiene lugar". La *Ontología del Conocimiento* se nuclea en torno a una sola pregunta: *¿Por qué conocemos?* Pero esta pregunta que indaga por el "ser" del conocer no queda respondida con la simple interpretación de su "sentido ontológico" que se manifiesta en su constitución temporal. A la pregunta *¿Por qué conocemos?* no se la responde ni se la plantea en su cabal dimensión con la simple mostración de las raíces ontológico-existenciales del fenómeno cognoscitivo. "Pero — agrega Mayz Vallenilla en su explícita *Introducción*— incluso, por cuanto para determinar el 'Ser' del conocer es necesario acudir a un análisis temporal de aquéllo que él mismo muestra como fenómeno, pero ya en esta misma urdimbre temporal yace implícita una determinada y previa idea del Ser, la investigación debe tener en cuenta que la pregunta formulada —'¿por qué conocemos?'— ha de enfrentarse con un ineludible 'círculo.' Pero este círculo podría quizás dominarse —y esto intenta la *Ontología del Conocimiento* en su último y más arriesgado capítulo— señalando su

REVISTA DE LIBROS

razón de ser y retrotrayendo la mirada analítica hacia aquello que lo provoca y origina. “En un intento semejante nuestra investigación pretende señalar el *origen* de aquél ‘círculo’, así como a diseñar la nueva situación que se plantea cuando este *origen* logra ser esclarecido y la estructura circular de la pregunta muestra en sí su propia razón de ser. Si esta investigación lleva el título de “*Ontología del Conocimiento*” —continúa el autor— es porque nos asiste el firme convencimiento de que en ella se han fijado las bases que dan sentido a la pregunta formulada. En ésta lo que se pregunta es por el “Ser” del conocer. Sólo mediante el riguroso esclarecimiento ontológico del Conocimiento —lo cual supone la previa aclaración del ‘círculo’— podría intentarse responder verdaderamente a la pregunta ‘¿por qué conocemos?’ Sólo mediante su posible respuesta —en la cual se mostraría el Fundamento Ontológico del Conocimiento— cabría señalar la necesidad y el sentido ontológico de aquella ‘relación’ [la relación sujeto-objeto presupuesta por toda “Teoría del conocimiento”] que expresa su aparente configuración fenoménica. Y sólo entonces, finalmente, estaríamos en capacidad de juzgar cuánto de ‘verdad’ o de ‘vacuidad’ —como dice Heidegger— encierra semejante ‘relación’.”

La *Ontología del Conocimiento*, por lo tanto, abre el camino hacia el *Fundamento del Conocimiento*. En este sentido, ella es absolutamente otra cosa que una “Teoría” del Conocimiento, en el sentido que hasta aquí se le ha dado.

Podría objetarse a esta reseña su falta de sentido crítico. Pero queremos aclarar que nuestro intento ha sido simplemente esbozar el ámbito en el que se mueve y los alcances de la substancial obra de Mayz Vallenilla que comentamos. Para ello, nos ha parecido lo más correcta dejarnos guiar por los lineamien-

tos generales que el propio autor expone a manera de *Introducción* y que, ciertamente, iluminan el auténtico sentido de su obra.

Las únicas objeciones que podrían hacerse a esta obra, giran en torno a su terminología. En efecto, Mayz Vallenilla acepta y utiliza por lo general la versión castellana de *Sein und Zeit* que con tanto esfuerzo realizara José Gaos. En muchos pasajes, no obstante, el autor señala sus discrepancias con algunas versiones de los difíciles términos heideggerianos. Pero, la crítica concreta a la versión de Gaos ya ha sido hecha exhaustivamente y ha suscitado demasiadas polémicas para que en el breve espacio de esta reseña volvamos sobre ella. Ahora bien, el autor, en más de 800 citas, transcribe por lo general los textos alemanes citados... razón por la cual, como dijo algún crítico, el texto castellano se comprende bien luego de cotejar con el original...

También —por cierto que con gran esfuerzo— hubiera sido quizás posible “acercar” el Heidegger de *Sein und Zeit*, que buscaba aún la palabra que expresara su pensar y que de alguna manera hablaba aún el lenguaje de la “*Metafísica*”, con el Heidegger que ha ido purificando y esclareciendo tenazmente su lenguaje, hasta llegar a la prosa simple e incisiva de sus últimas obras, especialmente *Unterwegs zur Sprache* y su voluminoso *Nietzsche*— que nuestro autor no cita, pues su publicación es probablemente posterior a la *Ontología del Conocimiento*. Con esto no queremos decir que Mayz Vallenilla desconozca las obras heideggerianas posteriores a *Sein und Zeit*. Ellas son citadas en muchos pasajes, aunque la obra fundamental de Heidegger sea la que da la pauta en cada página.

Completan la obra la enumeración de las obras de Heidegger consultadas y utilizadas, mencionando la versión castellana en los casos correspondientes.

Es digno de destacarse la cuidadora presentación tipográfica y la hermosa encuadernación de la *Ontología del Conocimiento* de Mayz Vallenilla. La impre-

sión estuvo a cargo de la *Akademische Buchdruckerei F. Straub*, de Munich.

Mario A. Presas

C. C. JUNG: *Sobre cosas que se ven en el cielo*. Traducción de Alberto Luis Bixio. Editorial Sur. Colección Ensayos. Buenos Aires, 1961. Vol. rústica, 206 págs.

En nuestro mundo actual, tan lejano anímicamente de la dorada tranquilidad de aquel fin de siglo que añoran nuestros abuelos, están ocurriendo, al margen de los tan asendereados problemas políticos, económicos y sociales y quizá como directa consecuencia de ellos, sucesos extraños, llamativos e inexplicables (tal vez sería mejor escribir "inexplicados"), que afectan a un número cada vez mayor de gentes, sin discriminación de clases, de ideologías ni de ubicación geográfica.

La aparición en el cielo de diversos lugares de objetos voladores no identificados, ha despertado desde hace ya algo más de quince años la curiosidad y la inquietud de numerosas personas, testigos presenciales del hecho o integrantes de comisiones investigadoras, lanzados a buscar una explicación lógica y racional de tales manifestaciones, infructuosamente hasta la fecha, por lo que sabemos.

También en nuestros cielos han sido señaladas estas apariciones fugaces de cuerpos voladores, lo mismo que en EE. UU., sobre el Viejo Mundo o en el Lejano Oriente, lo que da al problema y al interés de su posible solución una dimensión ecuménica.

Por ello cobra particular interés la obra de C. G. Jung que comentamos, pues da a la cuestión un enfoque novedoso y profundo a la vez, atendiendo a la particular disciplina científica que profesa su autor, discípulo primero y opo-

nente luego de Freud en el arduo menester de buscar en los escondidos vericuetos de la psique humana.

Para Jung, según lo plantea en su libro, el problema de los "ufos" (sigla de su designación en inglés: "unidentified flying objects"), se ubica en un plano trascendente, mucho más allá de las consideraciones del hecho técnico, simple o complejo, que implica una máquina voladora de esa especie, terráquea o sideral.

Sus consideraciones relativas a la naturaleza de los "platos voladores" lo llevan a señalar una serie de características de las cuales saca en conclusión que "se ve algo, pero no se sabe qué cosa sea" (son sus palabras), indicando de paso que tales objetos se comportan en el espacio como entes sin peso, como "pensamientos".

De acuerdo con ello el fenómeno, notoriamente complejo, poseería, al lado de un posible fundamento físico, que no niega, también un esencial componente psíquico. Este componente psíquico es de carácter multitudinario; compromete, no a la psique individual, sino al psiquismo colectivo del hombre, capaz de suscitar, en base a un rumor sobre ciertos hechos, sensaciones visuales objetivas (lo que Jung llama "visión" por cuanto el término da idea de un fenómeno que en modo alguno corresponde exclusivamente a estados enfermizos).

REVISTA DE LIBROS

Como "rumores visionarios" serían objetivamente y en último análisis un impresionante montón de observaciones y conclusiones falsas, en las que se proyectan supuestos psíquicos subjetivos.

Pero consideradas entonces como "proyecciones" psicológicas es preciso reconocer para ellas una causa psíquica, cuya existencia se fundamenta esencialmente en una base emocional existente en todas partes y asentada por consiguiente sobre una situación psicológica general.

Esta motivación la encuentra Jung en la situación actual de tensión afectiva en que se debate la humanidad, sometida a presiones políticas y sociales que dividen al mundo en dos sectores antagónicos, en la conciencia que tiene el hombre actual del dilema terminante planteado.

"En la situación mundial de hoy", expresa en un párrafo, "tan amenazadora y peligrosa, en la que comienza a vislumbrarse que bien pudiera tratarse de jugárselo todo, *la fantasía de la proyección trasciende el dominio de las organizaciones y potencias terrestres y se lanza al cielo*, es decir, al espacio cósmico de los astros, donde antes tenían su morada los dueños del destino, los dioses. *Nuestro mundo terreno está dividido en dos mitades y no se sabe de donde podrían venir una decisión y un socorro.* (El subrayado es nuestro).

Esta angustia inmanente del hombre contemporáneo reconoce además otra causa subyacente, una situación de apremio vital y en consecuencia una ansiedad general. Ella está dada por la noción de que estamos viviendo en la Tierra cada vez con mayor estrechez, amenazados aún más hondamente que por la bomba de hidrógeno por el invasor aumento de la población, que es motivo de seria preocupación. "La estrechez engendra miedo" —dice Jung— "que impulsa a buscar remedio en una esfera extraterrestre pues-

to que la Tierra no puede ofrecerlo y aparecen entonces señales en el cielo".

Por regla general lo que se ve es un cuerpo resplandeciente, de forma redonda y esta forma es, para la psicología de lo profundo, un bien conocido símbolo de la totalidad, que puede interpretarse como un círculo "protector", ubícuo en todas las épocas. En nuestra esfera cultural, por ejemplo, el símbolo circular ha representado la imagen de Dios.

En los dos párrafos que transcribimos, completa Jung su idea de la ansiedad creada en la humanidad por el juego de las tensiones anímicas y espirituales a que se halla sometida ya de largo tiempo y que encuentran en la presencia de esos extraños cuerpos celestes que se identifican como "ufos" o "platos voladores" la base apropiada para la proyección de los complejos espirituales que implica la vida en nuestra trasijada época. Por ello "...la situación actual del mundo es la más apropiada para suscitar la expectación de un acontecimiento redentor, supraterrrestre. Si esta expectación no se manifiesta con toda claridad, ello se debe tal vez únicamente al hecho de que ya nadie tiene tan firmemente sus raíces en la cosmovisión de siglos anteriores para poder considerar como obvia una intervención del cielo. [...]. Esta actitud de una enorme mayoría es la base más favorable para que se produzca una proyección, es decir, una manifestación de los contenidos profundos del inconsciente que, a pesar de la crítica racionalista, se manifiestan en la forma de un rumor simbólico, acompañado por correspondientes visiones, y se apoderan de un arquetipo que, desde siempre, expresó el elemento ordenador, liberador, santo e integrador del todo".

El "ufo", pues, da el motivo para que se manifiesten contenidos psíquicos latentes, que pueden alcanzar una trascendencia de imponderable profundidad.

El libro de Jung nos asoma a uno de los más inquietantes fenómenos actuales y las consecuencias e implicaciones que de su lectura atenta se desprenden nos su-

men en una desconcertante pero aleccionadora actitud especulativa.

Marcos T. Salemme

Archivo del Coronel Doctor Marcos Paz. Publicación encomendada al Instituto de Historia Argentina de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, por ordenanza del Consejo Universitario, 24 de agosto de 1956, con introducción de CARLOS HERAS, director del Instituto, Tomo I (1835 - 1854), 1959; 387 páginas. Tomo II (1858 - 1862), 1961, 384 páginas, La Plata.

Esta publicación realizada por disposición de la Universidad, gracias al ofrecimiento del Dr. Francisco Costa Paz, en cuyo poder estaba el Archivo de su abuelo, el coronel Marcos Paz, es precedida por un estudio del profesor Carlos Heras sobre su actuación cívica y militar. Este prestigioso historiador platense ha indagado en los archivos de la Nación y de la provincia de Buenos Aires, en los periódicos y, especialmente, en su correspondencia, valorando —como nos tiene acostumbrados— el inmenso caudal de noticias y la variedad de acontecimientos en que participó Paz. Traza el perfil del ilustre tucumano con certera pluma en su “obra de legislador y gobernante frente a los problemas básicos planteados al iniciarse nuestra vida constitucional”. Plasma una biografía completa desde su nacimiento, cuya fecha precisa, y sus estudios interrumpidos por las alternativas de la patria en lucha hasta la culminación de su carrera política, junto a Mitre, en el Gobierno Nacional.

La médula de este trabajo está constituida por las acertadas reflexiones referentes a sus ideas político-sociales, ya sea en sus primeros años, en que lo presenta, junto a Heredia en Tucumán y

Salta, arraigado a la sociedad en que vive, como “federal, pero no rosista” o, luego de Caseros, en su misión al norte, como “celoso defensor del federalismo histórico en su más pura proyección doctrinaria”.

Destaca dos momentos de su vida pública: el primero, durante su gobierno en Tucumán, en que propendió a fomentar una nueva conciencia colectiva, basada en la tolerancia y el olvido del pasado, y el segundo, último paso de su azarosa existencia, al alcanzar la vicepresidencia de la República y el ejercicio de la más alta magistratura por ausencia de Bartolomé Mitre, adonde llegó “como representante de una fuerza histórica y de una región de evidente influencia en el equilibrio de la política nacional”.

De esta manera, resulta digno prólogo a este nutrido archivo, del que han aparecido dos tomos, con cuidadosos índices generales y de nombres.

El primero comprende la publicación de la correspondencia original y copias de Alejandro Heredia y Paz con los gobernadores de Provincias y otros personajes de la política, circulares y comunicaciones de su misión al Norte y borradores de sus cartas de esta época (1853-54), abarcando desde el año 1835 a 1854.

REVISTA DE LIBROS

El segundo tomo, publicado en 1961, se ocupa de su correspondencia durante su gobierno en Tucumán, su prisión, su administración en Córdoba y su segunda misión al Norte, en el período de 1858 a 1862.

Esta compilación documental queda como una muestra más de la inquietud y el esfuerzo de nuestra Universidad y,

en especial, del Instituto Ricardo Levene. Obras como ésta, sirven de ejemplo y abren caminos a nuevos estudios sobre las ideas y los problemas en que se debatieron los hombres de la organización, que favorecen la comprensión de nuestra historia nacional.

Hebe Judith Blasi

Archivos de Ciencias de la Educación. (Departamento de Ciencias de la Educación. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata). N^o 1 (Tercera época). La Plata, 1961. Vol. de 132 págs.

Una nueva generación de educadores ha sentido dentro de sí el imperativo de hacer viva voz la labor que iniciara Víctor Mercante junto con Leopoldo Herrera, Rodolfo Senet, Alfredo J. Ferreira, Alejandro Carbó, Zapata, Lezama y Beatti, y que años más tarde continuarán Alfredo D. Calcagno, José Rezano, Juan Mantovani, Juan E. Cassani y otros más.

Únense los nombres del doctor Alfredo D. Calcagno y del doctor Enrique M. Barba, en el estímulo y apoyo con que contó este grupo de pedagogos que ha querido reanudar la publicación de Archivos de Ciencias de la Educación, para prolongar esa labor iniciada hace aproximadamente medio siglo. En efecto, de 1906 data la revista, bajo el nombre de Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines, cuya aparición fue simultánea a la creación de la Sección Pedagógica (dependiente entonces de Ciencias Jurídicas y Sociales), que a los pocos años se convirtió en Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Aparece ahora Archivos en su tercera época (la primera: 1906-1914 contó con 39 números, y con 6 la segunda:

1914-1919) en manos de quienes tienen plena conciencia de la responsabilidad que asumen, —fija la mirada en aquellas señeras figuras que representan “los años heroicos de la pedagogía argentina”—, que se sienten “herederos de esa tradición pedagógica” e inician la labor con plena fe en la “resurrección de una pedagogía integral de base científica y filosófica”, según propias palabras del director de Archivos, profesor Ricardo Nassif, prestigiosa figura de nuestra pedagogía de hoy.

Dignos de aplauso son el esfuerzo y el espíritu de lucha con que se reanuda la tarea después de 42 años. Tal iniciativa nos proporciona una publicación periódica que es única en nuestro país por su carácter científico sobre temas de educación.

De su calidad nos habla la nómina de colaboradores —argentinos y extranjeros que espontáneamente hicieron llegar sus trabajos— de este primer número que hoy presentamos. Entre ellos figuran: Alfredo D. Calcagno; el experimentalista pragmático William Heard Kilpatrick que, discípulo y colaborador de Dewey, nos hace conocer su relación personal

REVISTA DE LIBROS

con él; Nicolás M. Tavella; Luigi Volpicelli, que nos refiere el "Carácter humanístico de la pedagogía italiana"; Pedro Rosello, actualmente miembro de la Secretaría de Unesco; Gustavo Cirigliano; Theodore Brameld, representante del "reconstruccionismo", que condensa en su artículo lo esencial de su pensamiento como integrante de ese novísimo movimiento filosófico-pedagógico; Joseph Majault, con un artículo suministrado por el Departamento de Educación de Unesco; Ernesto Rogg, cuyas traducciones nos muestran su especialización en pedagogía de la educación física, tema que trata en el artículo de Archivos.

El volumen contiene además una Bibliografía Pedagógica Reciente, ordenada de acuerdo a las normas seguidas por la Oficina Internacional de Educación de Ginebra, una Revista de Revistas, y una sección Crónica, con Noticias del Departamento de Ciencias de la Educación, Noticias de nuestro país y La educación en el mundo.

El número que acabamos de presentar corresponde al primer semestre del año 1961. Sea promisorio el futuro de Archivos, como es fecunda la labor de nuestros pedagogos. Confiamos en ello.

Carla Baradello de Marchionni